



Luisa Serrano Moreno, 65 años
Lydia Is Antuña, 19 años.

El viaje a París

Viajar siempre ha supuesto un placer para todos aquellos que buscan un entretenimiento, una distracción, una vía de escape. Pero cuando llegamos con nuestras maletas al destino en cuestión, a veces la vida nos tiene deparadas numerosas sorpresas.

Desde hace relativamente poco tiempo, viajar se ha convertido en una forma de ocio de la mayoría de los españoles, pero es bien sabido que hasta hace algunos años la situación era muy distinta. A través del tiempo viajamos a París con nuestra aventurera turista, Luisa, mujer viajera por excelencia y con la que recordamos su primera visita a París.

Madrid, Puerta del Sol. Mayo 1980. Luisa Serrano, modista, esposa y madre de familia emprende en solitario una aventura hacia París. Se ha gastado 17.000 de las antiguas pesetas para ir a visitar a Teodora, una prima suya que ha emigrado a Francia y la ha invitado a pasar unos días con su familia. Su prima le escribió una carta, invitándola a conocer la ciudad de la luz, y el espíritu viajero de Luisa la empujó a dejar por unos días sus labores de madre de familia y hacerse a la aventura.

El viaje en el tren transcurre con nervios, Luisa no sabe francés y desconoce lo que le espera en la estación de destino. Pero es valiente, toda la vida lo ha sido, y por eso, cuando se encuentra sola con su maleta en un país que no es el suyo y su prima no aparece a buscarla, no se desanima. Tras esperarla todo el día, está preocupada por el retraso de Teodora y cuando empieza a hacerse de noche, decide intentar llegar a su casa por sus propios medios.

Preguntando a la policía parisina de la estación de tren, llega al metro y con la ayuda de los viajeros consigue llegar a un intercambiador. Nuevamente está perdida, pero su encanto personal hace que un hombre se acerque a ella y trate de ayudarla. Mediante señas consiguen entenderse y el hombre la conduce a otra línea de metro que la llevará a casa de su prima, en Marne, a las afueras de París.

Su prima sigue sin dar señales de vida, así que pregunta a unos jóvenes que la llevan a la dirección que les indica. La sorpresa de Teodora cuando abre la puerta y se encuentra a su prima española es mayúscula: no sabe de la llegada de Luisa porque la carta de respuesta a la invitación aún no la ha recibido.

Tras recuperarse del asombro, cambiar impresiones y charlar sobre sus vidas, las dos primas cenan juntas y al día siguiente vuelven a París, ya que el espíritu inquieto de Luisa quiere verlo todo. Espera pasar cada uno de los días en París descubriendo cosas nuevas, pero parece que a Teodora, la aventura no la llama mucho. Lo que Luisa pensaba que iban a ser unas buenas vacaciones con su prima resultó ser una estancia desagradable.

Con la excusa de que no se quería gastar el dinero destinado a sus vacaciones de verano, Teodora dejó sola a su prima, aun sabiendo perfectamente que Luisa desconocía el francés y que sola en una ciudad tan grande podía perderse y sufrir algún percance. Pero el carácter de Luisa no la dejó rendirse, y ya que estaba en París decidió aprovechar su tiempo. Todos los días se levantaba temprano, se hacía un par



de bocadillos y se lanzaba a descubrir mundo. Así, visitó todos los lugares emblemáticos de París: el Museo del Louvre, la Plaza de la concordia, los Campos Elíseos, Montmartre, el Moulin Rouge...

Al anochecer volvía a casa, donde le esperaba una cena fría y por la mañana un bizcocho duro. Teodora no estaba dispuesta a colaborar mucho para que su prima se sintiera a gusto como huésped.

Pero quitando esas desavenencias con su prima, a las que Luisa resta importancia en la actualidad, el viaje le sirvió como una gran experiencia. Sólo le quedó el gusanillo de ir a Versalles, pero no fue por oportunidades. En Royal, emblemática parada de metro de París, se encontró con un español que le enseñó la Virgen de la Magdalena y que la invitó a visitar el palacio, pero como ella misma asegura "aquellos eran otros tiempos y no me atreví a ir, aunque luego me arrepentí, debería haber aceptado la invitación. Si pretendía otra cosa, ya me hubiera encargado yo de poner las cosas en su sitio".

Y si sumamos un viaje a la ciudad del amor con el carácter amistoso de Luisa, la alegría que irradia y su desparpajo con los demás, nos da como resultado una divertida anécdota que la protagonista recuerda con cariño. Tuvo lugar en la Plaza de la Concordia donde estaba sentada comiendo un bocadillo. Fue entonces cuando se le acercó un hombre con una camisa roja, se sentó a su lado, empezó a hablarle y le hizo fotos. Luisa recuerda con gracia que empezó a coquetear con ella: "ya ves, en París, y con un ligue".

Sin embargo, todo viaje llega a su fin, y Luisa recuerda la vuelta a casa con alegría porque la esperaban su marido y sus hijos, pero con nostalgia también, París había dejado huella en ella.

A su regreso a España, no comentó nada del trato recibido por Teodora, y la experiencia no le sirvió para desistir a emprender nuevos viajes. De hecho ha vuelto a París con su hijo, esta vez para una visita más calmada. También conoce Londres, Venecia, Roma, El Vaticano, Nápoles y casi toda la geografía española.

Y es que dentro de esta mujer de 65 años se encuentra un espíritu vital, con gana de aventuras, de seguir conociendo mundo, de seguir ampliando conocimientos, en definitiva, de seguir viviendo.

Lo importante de la vida

Cuando tras 65 años de vida intensa, con sus alegrías y sus penas, con sus cosas buenas y sus cosas malas, echas la vista atrás, todo se resume en unos cuantos momentos que merece la pena recordar. Nuestra mente tiene esa singular capacidad para devolvernos a la memoria aquellos pequeños detalles que habíamos creído haber olvidado, aquel gesto, aquella caricia, aquella palabra. Y es entonces cuando nos preguntamos si sirve de algo el haber vivido tantas experiencias. Y la respuesta sin ninguna duda es que sí.

Tener salud, viajar, divertirse, hacer todo lo que uno quiera, recibir el cariño de los hijos y de los nietos, y por qué no, también creer en Dios, son sólo algunos ejemplos de cosas que para Luisa merecen la pena.



Porque ella es feliz, se siente feliz y vive feliz. Aunque algunas veces no le apetezca ir a algún sitio o hacer determinada cosa, esboza un sonrisa y la pesadez se transforma. Por eso es tan dinámica, tan aventurera, nunca se ha frenado ante nada, ha salido ella sola de situaciones difíciles, ha afrontado con energía la separación de su marido y no se ha dejado arrastrar hacia el lado triste y amargo de la existencia.

Y esa felicidad y esa alegría son las que transmite a los que la rodean, a los que la conocen bien y a la que como yo, la acaban de conocer. Por eso puede presumir de familiares y amigos que la quieren.

Su consejo para los jóvenes, que sean felices ante todo, que disfruten de la vida, que se cuiden y cuiden a los suyos y que no se dejen caer en la rutina. Que la vida es corta aunque se vivan muchos años y que hay que aprovecharla.